

LA IMAGEN DE LA MUERTE EN LA LITERATURA MEDIEVAL OCCIDENTAL*

Elisa Borsari y José Ramón Trujillo

Universidad de Córdoba / Universidad Autónoma de Madrid

elisa.borsari@uco.es / joseramon.trujillo@uam.es

Pocos temas como la muerte –estremecedor y fascinante al mismo tiempo– son tan transversales y frecuentes en las obras y autores de los siglos medios. Su omnipresencia en la vida cotidiana, la naturalidad con que se convivía con su memoria, con su idea y sus representaciones, resultan de difícil comprensión y juicio en las sociedades occidentales contemporáneas (*tempus regit actum*) en las que el fin de la vida individual –con el sufrimiento, la decadencia y la minusvaloración de los bienes mundanos que conlleva– tiende a esconderse, o sencillamente a banalizarse cuando se trata de muertes con violencia. Si es posible encontrar continuidades evidentes entre épocas hasta nuestros días desde en la filosofía hasta en el amor romántico, en las proporciones de lo humano y en las consideraciones de la belleza y la repugnancia, en la noción de lo cotidiano y lo lúdico, en las construcciones culturales del rito, la narración y las relaciones estamentales, investigar la imagen de la muerte en las poéticas medievales exige una enorme energía para enfrentarse al enorme abismo cultural entre eras y vencer la resistencia de los estereotipos con el fin de captar los matices de una sensibilidad distante, así como los distintos estratos de pensamiento que se han ido superponiendo.

Desde el punto de vista humano, la muerte es un fenómeno natural que se entiende como opuesto a la vida y como su final. De su experiencia no es posible dar cuenta de manera directa, por lo que cualquier acceso debe realizarse desde la observación del cuerpo de los otros –enfermo o senil previamente,

* Este monográfico de la *Revista de poética medieval* forma parte de los resultados de investigación del proyecto I+D+i *DHuMAR II: From Middle To Golden Age: Translation & Tradition* (PY20_00469), financiado por la Consejería de Transformación Económica, Industria, Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía y por FEDER Una manera de hacer Europa, cuya investigadora principal es Elisa Borsari. Forma parte de las actividades del grupo de investigación ESFILTRAS (Estudios en Filología Italiana y Traducción, HUM872) de la Universidad de Córdoba.

en descomposición después— y de las reacciones que suscita en el grupo humano en que se encuentra inserto. La inquietud que produce lo desconocido, lo incierto y lo misterioso del fenómeno es motivo de reacción individual y colectiva, que no alcanza a arañar el velo de incomprensión, pero que sí es capaz de ofrecer un consuelo, de aprender del ejemplo, de anudar la memoria. El conocimiento posible de la muerte se alcanza desde la reflexión de sus circunstancias y presenta una serie de dimensiones extrapolables a todos los individuos: la consciencia de la finitud y de su irremediabilidad; la adopción de una actitud u otra ante el dolor y la pérdida, que se encuentra mediada por la cultura del grupo; y la capacidad de actuación individual y libre albedrío ante los acontecimientos, que incluyen dar y recibir la muerte. Muchas de estas percepciones y actitudes acaban cristalizando en la construcción de mentalidades colectivas, que evolucionan con el tiempo y dejan una profunda impronta en la cultura de su tiempo.

En el último medio siglo, la atención de los historiadores se ha volcado hacia la vida cotidiana y las diferentes dimensiones que esta plantea en las sociedades medievales, incluyendo el desarrollo de una cultura de la muerte: el duelo y la gestualidad ante la pérdida; los ritos funerarios; el cuidado de los restos y la gestión de la memoria en sepulcros, esculturas, textos; la ordenación jurídica de la transmisión de bienes y honores; etc. Tras las investigaciones de Tenenti (1952; 1957), Ariès (1975), las enciclopedias de Ariès/Duby (1988) sobre la vida cotidiana, un enorme número de trabajos ha seguido las vías abiertas para intentar acotar las actitudes sociales ante el fin de la vida, entre las cuales destacan los trabajos de Chiffolleau (1980) sobre el Más Allá y, en España, los más recientes de Mitre Fernández (2002; 2003; 2019). Caso aparte es el tema del suicidio, tanto individual como colectivo. Desde los primeros estudios de índole jurídica y la interpretación sociológica de Durkeim (1960) y Halbwachs (1931), han ido sucediéndose investigaciones centradas especialmente en los modelos de la Antigüedad (Van Hooff [1990]; Peytral 2002), muchas de las cuales proyectan sobre la Edad Media modelos y actitudes convenientemente moralizadas (Murray 2000; Brown 2001).

Desde diferentes metodologías en las disciplinas históricas, sociológicas, arqueológicas e iconográficas, la bibliografía acumulada ha ido abriendo nuevas orientaciones y vías de trabajo sobre la muerte dentro del estudio de las mentalidades. De ella se deduce la falta de uniformidad en Occidente y una evolución marcada por cuestiones ideológicas y acontecimientos históricos. En cuanto a las primeras, aproximadamente hacia el siglo XII, se documenta el surgimiento del individuo, que vendría caracterizado por la consciencia de «la muerte de uno mismo»; también en esas fechas se instaura la sociedad

señorial, cuya gestión de las honras fúnebres en manos de clérigos y monjes se convierte en la gestión de la memoria familiar, de la que dependen los derechos y honores del linaje. En cuanto a los acontecimientos históricos, estos determinan profundos cambios en la apreciación de los cuerpos y de la mente, especialmente hacia la mitad del siglo XIV donde coinciden el desplazamiento de población desde el campo a las urbes, la Peste negra (con su apogeo entre 1346 y 1353), la guerra intermitente –guerra de los Cien Años (1337-1453), guerra civil castellana (1356-1369), Guerra de sucesión portuguesa (1383-1385)–, las hambrunas provocadas por el fin del óptimo climático medieval, con sus veranos podridos, etc. En paralelo, se producen algunas formulaciones espirituales rejuvenecedoras de la Iglesia, entre ellas las reformas de la orden benedictina y después la orientación de las órdenes mendicantes hacia el pueblo mediante las *artes praedicandi*. Como señala Huizinga (1978: 194 y ss.) ya hacia el final de la Edad Media, la predicación y el grabado servían para exhortar vivamente, aun de forma tosca, al pueblo. La imagen de la muerte se expone en el siglo XV «verbal y plásticamente para la multitud», reduciendo el amplio acervo de reflexión clerical a la caducidad de la vida, expresado en tres grandes temas: qué se hizo de los que vivieron antes, la consideración de la corrupción de cuanto ha tenido vida y ha sido bello, la danza de la muerte arrebatando la vida sin distinción a unos y otros. Pasado el tiempo de la partida serena, es el momento de la personificación de la muerte, del horror ante el cadáver y la consolación ante su poder igualador.

A pesar de la pervivencia popular de ritos y creencias previas, a pesar de que algunas de las principales formulaciones provienen de la Antigüedad clásica, la tradición judeocristiana atraviesa el pensamiento medieval y lo dota de sentido. La base del cristianismo gira en torno a dos grandes núcleos: la mortalidad humana como castigo por el pecado original de la soberbia, al transgredir el orden y mandato divinos (Génesis 2,17), y la redención de la humanidad por el sacrificio del Hijo de Dios. En ambos, se hace central la reflexión sobre el dolor y la incertidumbre del fin individual, volviéndose omnipresente la Muerte en el conjunto de creencias y actitudes que conforman las mentalidades del Occidente medieval. En el primer caso, la caída en desgracia lleva aparejada una construcción filosófica y moral del pecado, de las relaciones entre hombre y mujer, de la penitencia y las buenas acciones como sistema de expiación que permita la reintegración y gradación en la gracia. En el segundo, la atención y el sacrificio divinos permiten la esperanza en la Salvación, que trasciende los límites del fin de la vida y prolonga esta en un Más Allá sobre el que se proyectan las conductas y acciones humanas.

Lo más granado de la inteligencia medieval dedicará sus esfuerzos al relato de la pasión —el conjunto de episodios evangélicos que van de la última cena al entierro— y resurrección de Cristo, así como a la noción de una doble muerte, la física y la espiritual, con el conjunto de construcciones en torno al pecado y la salvación. Así, la vida terrena es un tiempo prestado, un tiempo de peregrinación lleno de orgullo, proclive al pecado, mientras llega el tránsito hacia la vida celestial, la verdadera. En el memorable exordio de los *Milagros de Nuestra Señora*, Berceo describe así a los vivos, como romeros en camino hacia el prado deleitoso de verdura perdurable:

Cuanto aquí vivimos, en ageno moramos,
la ficança durable suso la esperamos;
la nuestra romería estonz la acabamos
cuando a Paraíso las almas envíamos. (estr. 18, Baños ed.)

La muerte da fin a la romería de la vida; separa lo mortal y corruptible (el cuerpo) de lo inmortal (el alma humana); es un tránsito hacia la recompensa eterna. Abajo queda la cáscara, suso aguarda la eternidad; la muerte es solo un paso fuerte, y deseable, de creer a los clérigos. Pero se encuentra demasiado rodeado de dolor, de miserias y de llanto; rompe la estructura familiar y social de tal manera que, bajo la construcción sencilla e idealizada del tránsito, se intuye una realidad poliédrica, llena de matices, profundamente humana y variable en el tiempo y a través de las geografías. La vida por consiguiente se define desde su fin, y este se entiende como un pasaje ansiado hacia una realidad ajena al fin del desgarrar y de los cambios de esta terrena. Un tránsito que se encuentra inserto y que forma parte de la propia vida. En determinados colectivos es posible afirmar incluso que la vida es simplemente una «muerte vivida» (Martínez Gil 1996), que «Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar, / que es el morir» (J. Manrique, *Coplas por la muerte de su padre*).

En el ámbito aristocrático, los nobles se esfuerzan en dejar una imagen acabada de su vida, convirtiendo el fin en hito ejemplar, en broche perdurable para la memoria familiar. El individuo es un botón en el árbol del linaje. Tenga lugar en el campo de batalla o en su lecho, se espera del aristócrata un ejemplo del valor individual ante la incertidumbre, en esos momentos oscuros de desaliento y dolor en que el diablo acecha. Se espera la aceptación serena ante la esperanza de la Salvación. La muerte del príncipe comienza con la consciencia de su cercanía, siguen las disposiciones últimas, el reparto y el despojamiento de lo terrenal, la admisión del fin. Se cuidan los gestos y las palabras; como se advierte en William le Marechal o en Sancho IV, se buscan

interlocutores, se convierte en espectáculo ejemplarizante. La muerte en el seno de la aristocracia laica y eclesiástica o del patriciado urbano, sus ritos de tránsito y la gestión de la memoria se convierten en un instrumento esencial de la construcción del poder (López de Guereño /Miranda/Cabrera 2021).

Si el conjunto de trabajos historiográficos ha desbrozado un amplio campo de estudio, se encuentra pendiente una revisión sistemática del tema desde el punto de vista filológico y poético, objetivo al que este monográfico quiere contribuir poniendo un sólido sillar. Volver la mirada desde el siglo XXI para pensar la muerte en las literaturas de la Edad Media requiere fijar alguno de los lugares clave que permanecían sin transitar o que requerían una revisión en profundidad. Así, el volumen abre sus páginas con un amplio trabajo de Guillermo Alvar sobre la concepción y enseñanza de la muerte desde una perspectiva moral. La cercanía del fin de la vida plantea el necesario conocimiento de las vías hacia la Salvación desde la infancia. El mundo medieval desarrolla al efecto una «educación fúnebre» de los niños y la enseñanza clerical de las *boni mores*. Esta se realiza apoyándose en una selección de textos de tres tipos: la Biblia y la patrística, el venero de los clásicos (Cicerón, Séneca, Boecio, Virgilio, Aristóteles, Lucano, Suetonio) y las obras de las *auctoritates* medievales. Los niños a partir de los siete años asisten a una formación letrada, donde entran en contacto primeramente con los *auctores minores*. Los *Disticha Catonis*, que adaptan conocimientos romanos a las necesidades medievales, fueron el texto educativo centrado en la virtud por excelencia, facilitando con su forma la memorización de los contenidos moralizantes. La muerte cristiana se aprende a partir de las obras de Sedulio, Juvenco y Próspero de Aquitania, que formulan un ejemplo moral y gramatical basado en la vida y pasión de Cristo y de la doctrina augustiniana. La Iglesia se vuelve transmisora de los códigos éticos al cuerpo de la sociedad desde su infancia a través de la enseñanza del temor de Dios y de la obediencia.

Carlos Alvar y Karla Xiomara Luna Mariscal estudian las muertes de Tristán e Iseo, uno de los ejes centrales de la leyenda de los amantes y uno de los temas más conocidos de la ficción medieval. Tras una introducción dedicada a Bleherís, primer narrador de las aventuras del reino de Logres, el artículo se centra en el *Tristan* de Thomas –primer autor que trata la muerte de los amantes–, del que se traducen y explican varios episodios. Los que narran el desenlace de la obra son: Tristán herido, Tristán y Kaherdín, Kaherdín en Inglaterra, La tempestad, Muerte de Tristán, Muerte de Iseo y la Despedida de Thomas. Todos ellos se caracterizan porque la descripción de la muerte carece de elementos cristianos reconocibles y porque dan detalles del cuidado de los cadáveres pero sin detenerse en describir los sepulcros, y porque

presentan a una Iseo alterada por el dolor. Esta aguarda la muerte abrazada al cadáver del amado tras un monólogo de gran dulzura donde resume los hitos de su vida y expresa la fatalidad del destino. La versión de Thomas reelabora la leyenda para dotarla de actualidad y unicidad, emplea hábilmente los recursos literarios gratos a la corte de Enrique II de Inglaterra y resitúa el drama en el ámbito cortés al describir el amor como una pasión fatal que conduce inexorablemente a la muerte. Esta visión pesimista y delicada obtendrá un reconocimiento inusitado siglos más tarde, cuando su espíritu coincida con el del siglo xv.

Fernando Baños estudia el empleo que realiza el cristianismo de la enseñanza mediante el ejemplo de los mártires. Los diferentes subtipos hagiográficos –las *vitae* y *pasiones*, de forma preferente en el ámbito peninsular– ofrecen biografías ejemplares que testimonian el amor de Dios. En las vidas de confesores, la muerte beatífica cumple un papel destacado en el tránsito a la Gloria, pero no es el eje estructural. En el martirio, el núcleo narrativo es la pasión y muerte de los santos, que el cristianismo concibe como triunfo e indicio jerárquico en la Gloria. El trabajo propone una tipología de la muerte en la hagiografía medieval a través del examen de algunas muestras de la configuración –textual e iconográfica– y significado del fin de varios santos presentes en la literatura castellana: los poemas de Berceo y los martirios en los *flores sanctorum* (Mamés, Vitores y Cristina).

Elisa Borsari analiza de forma exhaustiva las imágenes macabras y truculentas que iluminan los libros de horas. Entre la Baja Edad Media y el Renacimiento, este tipo de códices se convierte en el manual de oraciones ilustrado más difundido entre los cristianos laicos. Sus iluminaciones se emplearon como técnica de adoctrinamiento visual y transmisión de contenidos sobrenaturales que, por su naturaleza, necesitaban ser traducidos a un público amplio. Su espectacularidad, belleza estética y capacidad de trasladar de forma visual contenidos doctrinales impresionaron la sensibilidad de sus comitentes y lectores. El corpus estudiado abarca 220 manuscritos alojados en las principales bibliotecas europeas y de EE. UU., en un arco temporal que se extiende desde finales del siglo XIII hasta 1530. Dentro de sus programas iconográficos, el Oficio de difuntos es uno de los ciclos fundamentales, cuya imagen suele encabezar el capítulo, siendo menor el número de imágenes insertas en el texto. Las escenas suelen ambientarse en iglesias de época, con grupos de monjes, siendo la más recurrente la del entierro del cuerpo, la mayoría sin ataúd. Otras escenas habituales son la resurrección de Lázaro, el Juicio Final, y la personificación de la Muerte, que muestra el cadáver en diferentes grados de descomposición inserto en la ilustración de distintos temas

(la leyenda del encuentro entre los tres vivos y los tres muertos, la danza macabra, etc.). La miniatura permite ingeniosas e impresionantes espiritualizaciones de la materia; la enorme frecuencia de las imágenes de la Muerte, su variedad, delicadeza y evolución revelan las inquietudes y sensibilidad de los lectores medievales en una dimensión complementaria de los textos.

La poesía, gracias a la amplitud de los temas y motivos que abarca, es un campo fértil para investigar las diferentes sensibilidades hacia la muerte. Virginie Dumanoir estudia la imagen de la muerte acotando el corpus de análisis al Romancero cortés manuscrito, característico de los gustos y mentalidades de la élite culta que los compiló entre 1460 y mediados del siglo XVI. En él se encuentra una variedad de temas enfocada en los hábitos, sentimentalidad y gustos de su auditorio. Así, fundamental serán la propia muerte de Cristo y la invitación a contemplar su dolor e imitar su entrega. Por una parte, apreciamos el paralelismo de la Pasión de Cristo con la muerte de amor metafórica, habitual en la visión cortés caballeresca, que describe la agonía y esperanzas del sufrimiento amoroso, y la muerte como alivio físico o entrega a la amada. Por otra, la visión de la muerte como devenir de una sociedad caballeresca en la que la muerte colectiva o individual, en la guerra o en encuentros personales, se halla siempre muy presente. Los combates impulsados por la fe son bien valorados, en tanto que los romances fronterizos también muestran otros matices, como lo negativo de las conductas descorteses y soberbias, el heroísmo expresado como valentía o miedo a la muerte, las sucesiones de venganzas, etc. Además de las condiciones de la muerte, el Romancero cortés también atiende a los rituales asociados con la muerte: los estados emocionales (tristeza, desesperación, soledad, consuelo, aceptación) y las prácticas (duelo, llanto, memoria, funerales, enterramiento, etc.), que tiene en las figuras femeninas alguna de las imágenes centrales del corpus. Por último, aparecen las consecuencias filosóficas ante la finitud humana y la muerte como tránsito. Los poemas recogen la tensión entre el *carpe diem* y los imperativos del *memento mori*, la preocupación por la Salvación y las apariciones de voces del Más Allá. La forma narrativa del romancero da voz a través de los diálogos al moribundo, los familiares, los adversarios y la propia Muerte, ofreciendo un nervio vibrante de la propia vida nobiliaria cortesana y cristiana, como la reprodujeron los poetas.

Marta Haro aborda la ejemplaridad de la muerte en la literatura sapiencial. La muerte del cuerpo como castigo bíblico y la necesidad de la penitencia como medio para retornar el alma inmortal a la gracia divina son el punto de partida de los principios teológico-morales que conformaron el pensamiento medieval. La literatura sapiencial incluye distintos motivos: la muerte física

y muerte espiritual; trascendencia y sentencia del alma; el hecho maravilloso (milagros, premoniciones, relevaciones o visiones); el miedo (y lo macabro) ligado al arquetipo de la muerte transida y sus plasmaciones en variados tópicos (*memento mori*, *vado mori*, *contemptus mundi*); la buena muerte y las *artes moriendi* y, por último, la fama póstuma y la inmortalidad del saber.

El artículo de José Julio Romero estudia la muerte en los libros de caballerías castellanos, resultado habitual de las actividades guerreras de sus personajes. Su tratamiento en este género editorial renacentista revela, como es habitual, una reformulación de la herencia de la materia de Bretaña. Probablemente el final de las versiones medievales del *Amadís*, en las que el hijo mata a su padre, provocando el suicio de su madre, formaban parte de esa tradición. Sin embargo, la reescritura de Rodríguez de Montalvo expone un nuevo paradigma de la muerte del protagonista, que no suele ser narrada o se menciona brevemente, y se rechaza la salvación mágica o conseguida mediante encantamientos. No hay una fórmula de tratamiento del tema válido para todo el género, cuyas características dependen de su público y del momento concreto de su difusión. En el *Lisuarte de Grecia* se incluye un notable sermón fúnebre del ermitaño destinado a consolar a quienes lloran al caballero; en las *Sergas de Esplandián*, Lisuarte se retira del mundo y enuncia la vida como camino a la muerte, pero en *Arderique* se narra el fin del héroe como un suceso natural y dentro de la fe; en *La Trapesonda*, Renaldos de Montalbán, deprimido por la muerte de Claricia, deja la corona e inicia una peregrinación para redimirse, en la que olvida su lugar en el mundo y sufre martirio; en *Baldo*, se incluyen reflexiones y una *consolatio* del patriarca, que deben más a la tradición clásica que a la cristiana. Salvo en el *Florisando* y el *Primaléon*, los héroes casi nunca sucumben. Por el contrario, no faltan las reflexiones sobre el fin de la vida, menos cercanas al ideal cortés que a una acusada ideología clerical, que no presenta solo unos *exempla* de buen morir, sino un discurso sobre el valor de la caballería y su sujeción a los códigos político-religiosos del momento, tal y como se aprecia en las obras de Páez de Ribera y Juan Díaz.

Luis Martínez-Falero analiza en su artículo la relación entre el amor, la enfermedad y la muerte en la literatura medieval. Para acotar un tema tan amplio, realiza primero una visión sintética de la idealización del amor –entre los siglos XII y XV– en la literatura, caracterizado por una retórica del discurso amoroso y sentimental heredera de la tradición horaciana (*Ars amatoria*, *Remedia amoris*), cuya presencia se extiende a lo largo de toda la Edad Media. El amor cortés rechaza el amor desordenado y propone unas normas que han de servir de contención de los sentimientos y de control de los impulsos

pasionales de los enamorados que, a través de la superación de pruebas y del sufrimiento, debe desembocar en el matrimonio, la contemplación, el favor o el desprecio de la dama. Por el contrario, el amor desordenado o loco amor se presenta como enfermedad, que puede conducir a la locura o a la muerte por amor, como se registra en la poesía goliardesca, en la lírica amorosa provenzal, gallego-portuguesa, castellana, francesa o italiana, y en el *roman courtois*. El «mal de amores» –placer y dolor al tiempo– se describe como una verdadera enfermedad que mina la salud física y mental de los amadores. La desesperación por no poder consumir su deseo, conduce a numerosos personajes del *roman courtois* y de la lírica trovadoresca a la enfermedad mental, mostrándose la locura siempre en unión de la pasión amorosa. La tópica, el léxico, las actitudes hacen corresponder el dolor y el padecimiento físicos con el emocional, que puede conducir a morir por amor. Enfermedad, locura y muerte son así las consecuencias del amor desordenado, siendo una de las cuestiones fundamentales de la existencia humana.

Josep Lluís Martos analiza en su artículo el impreso 97*VT, el único de los pliegos poéticos castellanos del siglo xv del que no se conocen ejemplares en la actualidad. La pérdida de una obra literaria conduce a la desatención crítica y, en este caso, el pliego ha circulado en los repertorios bibliográficos y literarios a partir de la transcripción parcial del título, lo que ha generado un error de interpretación de sus contenidos. Tras una revisión ecdótica, el autor demuestra que las *Coplas al recibimiento* de Hernán Vázquez de Tapia, que son el objeto del trabajo, es un impreso poético que trata como motivo literario, y no como una crónica, el tema de la muerte del príncipe don Juan, segundo hijo y heredero de los Reyes Católicos. Define los límites del recibimiento, reconstruye su contenido y los pone en relación con los pliegos poéticos incunables de Juan del Encina y del Comendador Román.

Los textos dramáticos que toman como tema la pasión de Cristo aparecen en latín en el siglo xii e irán desarrollando una materia propia, que alcanza su apogeo en francés en el siglo xv y se extiende hasta bien entrado el xvi. María Pilar Suárez estudia la pasión y muerte de Cristo como tema y motivo de estas piezas dramáticas que gozaron de gran popularidad en Francia al conectar fuertemente con la sensibilidad del público de la época a través de la presentación de los hechos con la mayor crudeza. Denominadas «misterios», en estas piezas se representan la pasión, muerte y triunfo de Cristo, de forma reverencial y festiva, con el fin de impresionar y difundir el mensaje salvífico de las Escrituras a un público amplio. La materia del Evangelio se fusiona con personajes, objetos y situaciones, conformando una materia dramática cuyas obras son cada vez más extensas hasta dar lugar a inmensos dramas

cíclicos. Entre ellos, destacan el *Mystère de la Passion* atribuido a Eustache Mercadé, la *Passion* de Arnoul Gréban, objeto principal del trabajo, y la *Passion de Jésus-Christ, par personnages* de Jean Michel. La exacerbación del sufrimiento, del dolor y de la violencia no responde solo a satisfacer la pulsión del pueblo, sino a conmemorar de forma impresionante los valores religiosos y morales de la ciudad en la que se escenifican, yendo más allá del orden poético, hacia un patetismo conmovedor y de enorme eficacia dramática.

De entre los diferentes tipos de muerte, el de tratamiento más complejo corresponde al suicidio, tanto por las diferentes posturas que existen a la hora de abordar la ruptura lógica con el deseo natural de existir, como por el choque entre las valoraciones clásicas y el espíritu religioso que, en la Europa cristiana medieval, pretende adaptarlas y moralizarlas. Si como hemos visto la muerte es omnipresente en las obras destinadas a un público caballeresco, no podían faltar ejemplos de autolisis en ellas. En un extenso artículo, José Ramón Trujillo analiza las diferentes formas y valoraciones de la muerte voluntaria, distinguiendo las tradiciones clásica y bíblica que nutren las mentalidades medievales, para centrarse después en los suicidios en las literaturas artúricas. Si el *Lancelot-Graal* emplea diversas escenas como medio de coacción, el *Tristan en prose* incluye una relevante escena a causa del amor mortal, el acusado espíritu religioso de la Post-Vulgata —en francés, castellano y portugués— anticipa la posterior evolución del tratamiento de la muerte en los libros de caballerías castellanos. En el caso de los suicidios presentes en los textos hispánicos, es posible clasificarlos en tipos ejemplares que atienden a una clara intencionalidad didáctica: el parricida y violador, la doncella y el amor mortal, el caballero soberbio y el caballero que huye de una muerte ignominiosa, el padre que pierde a un hijo. El eje central es la desesperación ante una situación que sobrepasa al individuo y que lo lleva a olvidar la Salvación y el perdón, y a desconectar del grupo. En este sentido, las principales escenas suceden en el entorno familiar y deben considerarse a la luz de la preocupación moral por el linaje y la cortesía.

Como puede entreverse en esta breve aproximación, las páginas que componen este monográfico se caracterizan por un hilo conductor: el esfuerzo de los investigadores para poner al día, con profundidad y rigor, algunas de las principales cuestiones en torno a la muerte en las más variadas materias literarias. En el ámbito de las materias religiosas y las literaturas sapienciales, encontramos su presencia y un empleo pedagógico y catequético continuado basada en ella. La formación escolar desde la infancia y la enseñanza clerical incluyen una relectura y adaptación de los clásicos, junto con una preocupación moralizante. También la literatura sapiencial se apoya en diferentes

motivos de la ejemplaridad de la muerte. En la hagiografía empleada en las lecturas y sermones, y en las obras teatrales, se utilizan todos los medios disponibles para generar un gran impacto en los auditorios para conmover y alcanzar la máxima persuasión, incluyendo el recurso de la crueldad extrema y de los detalles macabros. Con un público objetivo distinto pero con el mismo deseo de impacto moralizador, las iluminaciones ofrecen un rico repertorio de motivos y soluciones técnicas que han precisado el sentido del tema y han ampliado la profunda impresión que produjeron sus textos.

No menos diversa y notable es la presencia de la muerte en la literatura escrita para un público hidalgo o aristocrático. Desde el final legendario de Tristán e Iseo, la muerte ha ocupado un lugar destacado en la vida caballeresca y en la concepción del amor. Cuando el impulso pasional desborda el código del amor cortés, el deseo se convierte en una suerte de enfermedad, cuyos síntomas son el desarraigo social y la enajenación y, finalmente, conduce a morir. La tristeza, el suicidio y la coacción con la propia muerte se presentan como uno de los extremos de este desarreglo amoroso. En las obras artúricas tardías y en los libros de caballerías hispánicos posteriores, se manifiestan con claridad la influencia clerical y el interés didáctico tanto de los episodios de suicidio como de los sermones, reflexiones y diálogos en torno al fallecimiento de los héroes y sus consecuencias. Como sucede en la prosa, también la poesía dirigida a los nobles recoge el valor íntimo y ejemplar de la muerte. En el caso del Romancero cortés, por ejemplo, se advierten los diferentes temas expresados en prosa, desde la crucifixión hasta la muerte en combate.

Una mirada panorámica sobre la muerte en las literaturas de la Edad Media nos devuelve una primera imagen abigarrada de sentidos, de variaciones y tonalidades de uno de los nervios fundamentales del Occidente medieval. Quizá, ninguna otra época ha mantenido una conexión tan estrecha entre este fenómeno natural y la vida cotidiana, una convivencia tan indisociable con la enfermedad, la miseria, el dolor y la pérdida que vienen aparejados con él. Y, sin embargo, pocas como ella han intentado con tanto ahínco razonar su significado último, convertir la proyección de la vida hacia el punto final en un trayecto cargado de sentido. Rasgar su velo misterioso. La literatura ofrece un asidero excepcional al investigador cuando de asomarse a la historia cultural se trata. Es posible encontrar en las obras y en los autores muchos de los acontecimientos y las modulaciones ideológicas mencionados. Destinadas a auditorios populares o al estamento nobiliario, a clérigos instruidos o a infantes, las obras literarias medievales ofrecen un rico muestrario de actitudes ante la muerte que van más allá de la peripecia histórica. Ante todo, reflejan la verdad íntima del individuo y su grupo social donde los discursos

jurídico, histórico o clerical son incapaces de acceder. Descubre a través de sus poéticas la honda vibración estética que rinde culto, que consuela, que expresa el horror y la esperanza más ciertas, construyendo un discurso que eleva al hombre y lo separa de la miseria cotidiana. Recuperar su variedad y riqueza es tarea ardua. Este volumen desearía dejar una puerta abierta para el estudio sistemático de esta materia en el Occidente cristiano y una invitación a la lectura de muchos de estos textos desde el escalofrío original que animó su composición.

Referencias bibliográficas

- ARIÈS, Philippe (1975), *Essais sur l'histoire de la mort en Occident. Du Moyen Âge à nos jours*. Paris: Seuil.
- ARIÈS, Philippe y DUBY, Georges (eds.) (1988), *Historia de la vida privada, vol. 2. De la Europa feudal al Renacimiento*. Barcelona: Taurus.
- BAÑOS, Fernando (ed. y est.) (2011), Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*. Madrid/Barcelona: Espasa/Círculo de Lectores.
- BROWN, Ron M. (2001), *The Art of Suicide*. London: Reaktion Books.
- CHIFFOLEAU, Jacques (1980), *La comptabilité de l'Au-delà: les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Âge*. Paris: Albin Michel.
- DURKHEIM, Émile (1960), *Le suicide*. Paris: Alcan
- HALBWACHS, Maurice (1931), *Les causes du suicide*. Paris: Alcan.
- HUIZINGA, Johan (1984), *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza.
- LÓPEZ DE GUEREÑO, Mercedes; MIRANDA, Fermín y CABRERA, Margarita (eds.) (2021), *Migravit a seculo. Muerte y poder de príncipes en la Europa medieval. Perspectivas comparadas*. Madrid: Sílex.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando (1996), *La Muerte Vivida. Muerte y sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*. Toledo: Diputación provincial.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio (1988), *La muerte vencida: imágenes e historia en el Occidente Medieval (1200-1348)*. Madrid: Encuentro.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio (2002), «La muerte primera y las otras muertes: un discurso para las postrimerías en el Occidente Medieval», en Jaume Aurell i Cardona y Julia Pavón Benito (coords.), *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*. Pamplona: EUNSA. Ediciones Universidad de Navarra, pp. 27-48.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio (2003-2004), «Muerte y modelos de muerte en la Edad Media clásica», *Edad Media. Revista de Historia*, 6 (Ejemplar dedicado a: *La muerte y el más allá*), pp. 11-31.

- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio (2019), *Morir en la Edad Media: los hechos y los sentimientos*. Madrid: Cátedra.
- MURRAY, Alexander (2000), *Suicide in the Middle Ages, vol. 2. The curse on self-murder*. Oxford: Oxford University Press.
- PEYTRAL, Kevin (2021), *Le suicide en Grèce ancienne*. [Tesis Doctoral, dir. Silvia Milanezi]. Université Paris-Est.
- TENENTI, Alberto (1952), «La vie et la mort à travers l'art du xv^e siècle», *Cahiers des Annales*, 8. A. Colin.
- TENENTI, Alberto (1957), *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento (Francia e Italia)*. Torino: G. Einaudi.
- VAN HOOFF, Anton J. L. (2002), *From Autothanasia to Suicide: Self-killing in Classical Antiquity* [1990]. London: Routledge.